

Llamadme Ismael, ¿pero en realidad soy Ahab?

Dr. Luis A. Bojórquez Tapia
Director General de Multicriteria, S.C.

“Llamadme Ismael”. ¡Qué mejor inicio para un libro tan extenso!

La engañosa sencillez de este comienzo nos prepara para una novela llena de frases memorables. Por lo mismo, “Moby Dick”, de Herman Melville, se ha prestado a todo tipo de interpretaciones por más de un siglo, a pesar de que su primera edición en 1851 fue, paradójicamente, un fracaso comercial.



Es de conocimiento común que Ismael es el narrador del viaje del barco ballenero “Pequod”, que comanda el capitán Ahab, quien está obsesionado por el gran Leviatán blanco, Moby Dick. Ahab era originalmente un hombre justo y recto, pero el inmenso cachalote blanco le mutila la pierna izquierda en una previa expedición de caza. A partir de entonces, Ahab vive con un hueso de ballena donde anteriormente estaba su pierna y su personalidad se torna resentida, irascible, perturbada y vengativa, aunque oculta bajo una imagen de probidad. Por cierto, la marca de la ubicua cafetería se inspira del nombre del primer oficial del Pequod: Starbuck. Todos saben que el gran Leviatán termina ganando y el único humano que sobrevive la aventura es Ismael.

De Moby Dick se ha dicho que es una alegoría de la búsqueda de significado y propósito, de la obsesión destructiva y la pérdida de la humanidad, de la pérdida de la inocencia y la corrupción, de la lucha del hombre contra la naturaleza y su intento de conquistarla. La historia de la cacería del gran cachalote blanco da para todo eso y mucho más.

Pero ¿es Ahab víctima y victimario? Hablar aquí de los arquetipos jungianos en Moby Dick sería un atrevimiento para el neófito que escribe esto, por lo que prefiero nada más mencionar algunos pasajes que sugieren que las verdades más profundas no se revelan fácilmente y no son evidentes para todos. Mi interpretación es secular y atea ¡casi una profanación!

La narración de Melville es desgarradora cuando describe los últimos momentos de una ballena recién arponeada y perseguida por tres lanchas y lo compara con el despiadado e hipócrita fin de la cacería:

“¡Quién puede decir qué horrendos debieron ser para el cachalote herido tan enormes fantasmas cerniéndose sobre su cabeza! [s]us movimientos denotaban claramente su extremo agotamiento ... [p]ero no hubo compasión ... debía ... ser asesinado para iluminar las alegres bodas y los demás festivos del hombre, y asimismo para alumbrar las solemnes iglesias que predicaban que todos han de ser incondicionalmente inofensivos para con todos” (p. 496-497).

¿La brutalidad de la cacería de ballenas es entonces natural? Es aterrador matar cruelmente a los enormes y bellos Leviatanes para hacer dinero vendiendo su aceite para alumbrar ceremonias frívolas y rituales supersticiosos. ¡Qué horror! ¡Qué desperdicio!

Sin embargo, la obsesión de Ahab por Moby Dick no tiene fines utilitarios —el aceite que le produzca le tiene sin cuidado. Ahab no es un hipócrita, sino al contrario, él es sincero con sus propósitos. Es más, él mismo reconoce que los misterios de la muerte no están al alcance del humano cuando murmura con los ojos atentamente fijados en la cabeza de un cetáceo decapitado que, como “...la Esfinge en el desierto ...”, cuelga de la cubierta del Pequod:

“Habla, enorme y venerable cabeza ... habla, poderosa cabeza, y dínos el secreto que hay en ti. De todos los buceadores, tú eres quien más hondo se ha sumergido. Esta cabeza ... se ha movido entre los cimientos del mundo... Tú has estado donde jamás llegó campana o buzo; has dormido al lado de muchos marineros, donde insomnes madres darían sus vidas por acostarles. Tú viste a los amantes abrazados saltar del barco en llamas; pecho contra pecho se hundieron bajo la ola jubilosa; fieles uno a otro, cuando el cielo parecía serles falso” (p. 436-437).



MOBY DICK

HERMAN MELVILLE

CLASSICBOOKS

Ahab continua con una reflexión:

“¡Ah, naturaleza, y, oh alma del hombre!, cuánto más allá de toda expresión están tus emparejadas analogías; no se mueve ni vive el más pequeño átomo de materia sin que tenga en la mente su hábil duplicado” (p. 437)



Así, Melville enuncia poéticamente lo que científicamente se describe como la relación entre dos mundos: el real, tangible y objetivo, y el proyectado, intangible, y subjetivo: lo humano y lo natural se reflejan mutuamente. Pero Melville también conecta el razonamiento científico con la exaltación que surge cuando se devela la realidad. Ismael reflexiona sobre si los chorros de las ballenas son agua de verdad o simplemente vapor, y se responde a sí mismo diciendo:

“Pues, ya veis, los arcos iris no se presentan en cielo claro; sólo irradian vapores. Y así, a través de todas las densas nieblas de las penumbrosas dudas de mi mente, de vez en cuando surgen divinas intuiciones, encendiendo mi niebla con un rayo celeste

... pues todos tienen dudas ... de todas las cosas terrenales e intuiciones de algunas cosas celestiales; esta combinación no produce ni un creyente ni un incrédulo, sino que produce un hombre que las considera a ambas con iguales ojos.” (p. 520).

¡Ah!, Melville nos habla de las limitaciones de la percepción humana. Al igual que al comienzo de la novela, la pregunta de Ismael sobre los chorros de agua es engañosamente sencilla. Equivale a preguntarse por qué son las noches oscuras. Esta simple pregunta tardó tres siglos en responderse: las noches son oscuras porque el universo está expandiéndose. Es decir, la obsesión suicida de Ahab por Moby Dick es resultado de la incapacidad humana de comprender el todo y la nada (recomiendo ver estos documentales:

<https://www.dailymotion.com/video/xuv6ld>;

<https://www.dailymotion.com/video/k7aQ5UCMbsRl9I3sL5o>).

El conocimiento surge de hacer preguntas engañosamente simples. De otra manera, al igual que Ahab, seremos responsables del naufragio de nuestro Pequod, el único mundo que nos sostiene. Si ahora estamos viendo movimientos migratorios de sur a norte, ¿no es esto nada más que un reflejo de lo que podría venir con el cambio climático en el futuro cercano? ¿quién va a sobrevivir para narrar tal desventura?

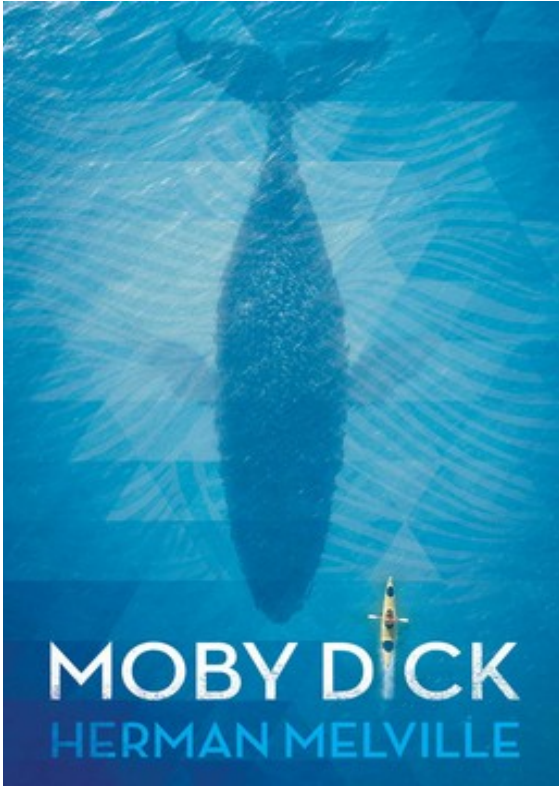
Como Ismael cuando reflexiona sobre los chorros de las ballenas, hay que reconocer las limitaciones de la experiencia humana. Vivimos en una minúscula e insignificante porción del espacio-tiempo universal. Por eso la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica, por no hablar de la evolución biológica o la psicología y las neurociencias nos parecen tan raras. Nuestra agudeza no va más allá de lo inmediato. Por ello debemos recurrir a la creatividad y la imaginación para comprender lo humano y lo natural. Mientras que la obsesión suicida de Ahab por Moby Dick proviene de la ceguera humana, la ciencia nos asombra y abruma a la vez porque nos cuesta trabajo imaginar fenómenos de escalas muy grandes o muy pequeñas para nuestros sentidos. La naturaleza y lo humano no son simples espejos el uno del otro porque las verdades no son evidentes, sino hay que imaginarlas de nuestros reflejos.



La sangrienta oscuridad de Ahab se proyecta en un océano aún más inescrutable, abrumando al narrador consciente, Ismael, quien en su penumbra enfrenta los prejuicios de su época que le privan de la vista y le ofuscan la razón. La narración de Ismael refleja las creencias de la época. Ismael detalla la tripulación del Pequod, un diverso e incluyente grupo de cristianos, musulmanes, orientales y hasta paganos caníbales. La tripulación trabaja eficientemente como equipo, pero Ismael omite mencionar algo sobre la sexualidad a bordo. ¿Es posible que hayan navegado por tantos años sin estimulación genital alguna? Es cierto, sería demasiado pedirle a Ismael algo al respecto debido a la rectitud victoriana que lo limita.

Al igual que la mayoría de nosotros, Ismael se encuentra atrapado en la creencia de que existe un diseñador fantasmal del universo. Aun así, la insondable profundidad del mar — la verdadera naturaleza inaccesible para los humanos— confronta nuestro pobre entendimiento sobre monogamia y promiscuidad sexual. La lancha de Ismael queda por accidente en medio de una gran congregación de cachalotes y él dice:

“...esos inescrutables animales se entregaban en el centro, con libertad y sin miedo, a todos los entretenimientos pacíficos: sí, se gozaban serenamente en abrazos y deleites. Pero precisamente así, en el ciclónico Atlántico de mi ser, yo también me complazco en mi centro en muda calma, y mientras giran a mi alrededor pesados planetas de dolor inextinguible, allá en lo hondo y tierra adentro, sigo bañándome en eterna suavidad de gozo.” (p 537)



Siendo generosos, la moral religiosa ha estado vigente por menos del 1% del tiempo de existencia del *Homo sapiens*. ¿Y de esta limitadísima experiencia pretendemos conocer la verdadera “naturaleza humana”? Ismael alegóricamente nos dice como el poder hegemónico que surge de las creencias prevalecientes destruye la posibilidad de una exploración saludable y satisfactoria de lo verdaderamente humano. La moralidad religiosa, representada por el cruel asesinato de los Leviatanes, lo verdaderamente natural, arruina el gozoso estado de contemplación de Ismael:

“... Mientras que nosotros quedábamos en tal éxtasis, los repentinos y ocasionales espectáculos frenéticos a distancia evidenciaban la actividad de las otras lanchas, aún ocupadas en ... [la cacería de ballenas, por lo que, a la postre] ... se desvanecieron las alcobas nupciales y los cuartos de niño bajo el mar [de los cachalotes que anteriormente estaban en paz].” (p 537)

Ismael nos dice en estos pasajes que no hay religión que deleve la naturaleza humana y no necesitamos de la religión para tener una vida natural y moral. El develar la verdad pende de la creatividad secular para acceder al inconsciente colectivo y de encontrar vías para su expresión.

¿Soy Ismael o soy Ahab?

“Pronto, a través de una confusa y enloquecedora niebla vieron su escorado fantasma que se desvanecía, como en la gaseosa fata morgana, sólo con los extremos de los mástiles fuera del agua, mientras, clavados por infatuación, o fidelidad, o fatalidad, a sus nidos, antes elevados, los arponeros paganos seguían manteniendo sus vigilancias, sumergiéndose, sobre el mar. Y entonces, círculos concéntricos envolvieron a la propia lancha solitaria, y a todos sus tripulantes, y a todo remo flotante, y a toda asta de lanza; y haciendo girar todos, con cosas animadas e inanimadas, alrededor de un solo torbellino, se llevaron de la vista hasta la más pequeña astilla del Pequod” (p. 778).
